

3559

DON CÁNDIDO

(ANTES)

LA MARQUESA

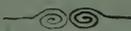
DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL

Y EN PROSA DE

D. Ramón Sarmiento

(a) Gil Blas de Santallana

(pseud)

——
Precio: 2 ptas.
——

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «UNIÓN IBÉRICA»

Calle Mina 8. (Pta. Sta. Madrona)

1900

9

DON CÁNDIDO

(ANTES)

LA MARQUESA

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL

Y EN PROSA DE

D. Ramón Sarmiento

(a) **Gil Blas de Santallana**



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «UNIÓN IBÉRICA»

Calle Mina 8. (Pta. Sta. Madrona)

1900

*A mis hermanos, Paco y Luis
dedico mi primer drama para que
vean que les quiero.*

RAMÓN

LA MARQUESA

DRAMA EN TRES ACTOS

original y en prosa de

D. RAMÓN SARMIENTO

Estrenada en el Teatro Principal de Valencia la noche del 21 de Marzo de 1900, y en el Teatro Circo Español de Barcelona la noche del 6 de Septiembre de 1900.

REPARTO

Teatro Principal de Valencia

MARQUESA.	SRTA. MARTINEZ.
CRISTINA.	SRA. MOLLA
PEPITA.	SRA. CAIRE.
MARQUES.	SR Allens-Perkins.
PADRE RANZ.	SR. MARTINEZ.
D. MANUEL.	SR. GARCIA.
JUAN.	SR VIÑAS.

Teatro Circo Español de Barcelona

MARQUESA.	SRA. GONZALEZ.
CRISTINA.	SRTA. Caparó.
PEPITA	SRTA. GASSÓ.
MARQUES.	SR. Rojas.
PADRE RANZ.	SR. CARNICERO.
D. MANUEL.	SR. GUARDIA.
JUAN.	SR. MILLÁ.

Esta obra es propiedad de D. Salvador Suñer. Nadie podrá, sin su permiso, traducirla, representarla ni reimprimirla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países en que se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada «El Teatro», de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO



Sala amueblada con gran lujo. Puerta al fondo y laterales

ESCENA PRIMERA

PEPITA y JUAN

PEPITA. Acaba pronto de arreglar el cuarto, pues como venga la señora y no esté, ya la hemos hecho buena.

JUAN. Eso es lo que necesitaba la señora, que la hiciesemos buena; pero es imposible.

PEPITA. Mala no es: sinó que esta dominada por gente perversa.

JUAN. Perversa y no trata intimamente más que con beatos?

PEPITA. Es que á veces los beatos son los peores.

JUAN. Me parece que la señora no necesita que nadie la pervierta. La que hace ella con un hijo tan bueno como el señorito Pepe, es una mala mujer.

PEPITA. Eso se arreglará.

JUAN. Si: cuando se hayan muerto de hambre, el señorito, su mujer y el niño.

PEPITA. Ayer estuve á verlos. Si vieras como se parece el nieto á su abuela

JUAN. Si ella lo supiera.

PEPITA. Vería que es muy facil decir..... tú no eres mi hijo, no tengo hijo, hago cuenta de que ha muerto; pero es imposible hacer que los hijos no lo sean y los nietos dejen de serlo.

- JUAN. ¡Adios, Castelara!
- PEPITA. No soy Castelara, pero digo la verdad. Si vieras que pena dá ver á los señoritos en aquel sotabanco, careciendo de todo mientras su madre...
- JUAN. Vive sola en un palacio donde se podría alojar un batallón.
- PEPITA. Ayer tenían al niño algo malito.
- JUAN. Mas valiera que se les muriese.
- PEPITA. Calla, bárbaro. Tu no sabes lo que se quiere á un hijo.
- JUAN. Ácaso lo sabes tú?
- PEPITA. No, pero me lo figuro viendo al señorito Pepe transformado completamente: trabajando desde por la mañana hasta por la noche. El que no hacía mas que jugar en el Veloz, ir á los toros y mantener *cocotes*.
- JUAN. Como no tiene cuartos...
- PEPITA. Desengáñate tú, que si no quisiera á su hijo y á su mujer, aún sin cuartos y todo andaría por ahí de picos pardos.
- JUAN. Pero, ¡que entrañas las de la señora!
- PEPITA. Nada: porque la señorita Cristina no era de sangre azul, había de habandola el señorito, después de haberla deshonorado.
- JUAN. Claro, las marquesas se figuran que las hijas del pueblo no tienen honor ni son mujeres siquiera.
- (Suena una campana).*
- PEPITA. Anda de prisa, que debe ser la señora que viene de comulgar.
- JUAN. ¿De comulgar? Dios nos asista. Entónces hoy tenemos gritos y tazas por el aire.
- PEPITA. Es verdad: cuando la señora comulga viene á casa... imposible.

ESCENA II.

Dichos y CRISTINA.

- PEPITA. ¿Usted aquí señorita?
- CRISTINA. Sí, Pepita, necesito hablar á la Marquesa.
- PEPITA. Es qué...

CRISTINA. Sé que me vá decir algo desagradable, ¿no es verdad? Cuento con ello. Estoy resuelta á todo.

JUAN. Pero, ¿qué pasa?

CRISTINA. Que el niño está malo: que no come, no duerme, se debilita por momentos. El médico ha dicho, que solo podrían salvarlo los baños de mar. No tenemos dinero y...

PEPITA. ¿Usted cree que la señora?...

CRISTINA. No creo nada. Veo á mi hijo enfermo; que se muere; dicen que en el mar está su vida y Pepe y yo no pensamos ya más que en el mar. Hay que ir allá á todo trance: cueste lo que cueste.

JUAN. Desgraciadamente viniendo aquí...

CRISTINA. No voy á adelantar nada, verdad? Sí, si adelanto: cumplir mi deber. Pepe no sabe el paso que doy: no lo hubiera consentido.

PEPITA. Como que conoce á su madre.

CRISTINA. Eso es lo que yo no creo: Nó, no conocéis á la Marquesa. La estais calumniando todos sin saberlo. La juzgais peor de lo que es.

JUAN. Ojalá fuera verdad.

CRISTINA. Es imposible que extienda su indignación á un pobre niño que es su nieto y no tiene culpa ninguna de lo pasado. Ya la diré que á nosotros no nos favorezca en nada; que nos castigue como quiera, pero que tenga compasión de ese angel que no ríe, que no juega, que se apaga como una luz...

PEPITA. Dios quiera.

CRISTINA. Se trata además de una cantidad muy pequeña: dos mil reales.

PEPITA. Se me ocurre una idea.

CRISTINA. Cual?

PEPITA. Yo tengo en la Caja de Ahorros esos dos mil reales.

CRISTINA. Pepita!

PEPITA. Si, si: Con tal de que no se exponga usted á los insultos de la señora, se los doy: y se los doy con mucho gusto.

CRISTINA. Gracias Pepita, gracias.

(Estrechándole la mano).

- PEPITA. Ya sabía yo lo buena que eres.
Lo digo de verdad, señorita; acéptelos usted.
- CRISTINA. Los aceptaría, pero es un deber mío hacer saber á la Marquesa la situación en que nos encontramos.
- PEPITA. Si la señora no estuviera influida por D. Manuel y D. Cándido, puede ser que los diera, que se lograra algo; pero como todo lo consulta con ellos.
- CRISTINA. ¿Y esos señores que se pasan la vida en la iglesia serán capaces de impedir una obra de caridad? No, no: el cumplimiento de un deber sagrado.
(Con energía).
- JUAN. Lo ve usted? Si habla así delante de la señora ya la tenemos armada.
- CRISTINA. Me reportaré. No verá en mí más que sumisión y humildad. Por mi hijo beberé hasta las heces el caliz de la humillación.
- PEPITA. Vamos á hacer una cosa. Escóndase usted en mi cuarto, porque la señora va á llegar de un momento á otro. Escóndase usted en mi cuarto. Yo voy poco á poco preparando á la señora y cuando la tenga convencida, la aviso á usted.
- CRISTINA. Bueno pues: vámonos.
(Suena otra vez la campana).
- PEPITA. Lo ve usted? Ya está ahí la señora Marquesa.
(Vanse Juan y Cristina);

ESCENA III.

LA MARQUESA y PEPITA.

- MARQUESA. Que aburrimento de comuniones generales. Vengo rendida. Creí que no se acababa nunca.
- PEPITA. Y sin desayunarse la señora hasta tan tarde.
- MARQUESA. Eso no. Me he desayunado en la sala de visitas de las Monjas. Había allí pre-

paralo un almuerzo para las señoras de la Junta y el Nuncio que ha dicho la misa.

PEPITA. Menos mal.

(Mientras hablan, Pepita quita la Mantilla á la Marquesa y la guarda.)

MARQUESA. Pero hemos tenido que estar de rodillas cerca de una hora. Estaba allí todo Madrid. Por cierto que parece mentira la hipocresía de algunas gentes. Quien dirás que se ha puesto á mi lado á comulgar? La Baronesa!

PEPITA. La que dijo la señora que vive de lo que la daba un banquero judío?

MARQUESA. La misma y acompañada del banquero, que estaba esperando en la puerta de la capilla.

PEPITA. Parece mentira!

MARQUESA. Antes de que se me olvide. Esta tarde tengo que ir á la Kermesse que se celebra en los Jardines del Retiro á beneficio del asilo para niños pobres que ha fundado la de Picache.

PEPITA. Y...?

MARQUESA. Que no sabes el compromiso en que me han puesto. Estoy encargada de despachar horchata.

PEPITA. Horchata?

MARQUESA. Sí, porque cada una de las señoras de la aristocracia nos encargamos de vender una cosa ó estar al frente de un despacho para recaudar así más, en favor de los pobres huérfanos. A mí me han destinado á la horchatería.

PEPITA. Es una obra meritoria.

MARQUESA. Como que por ella tendrán pan y abrigo una porción de niños.

PEPITA. ¿Y baños de mar si les hacen falta?

MARQUESA. Indudablemente.

PEPITA. A mí todo lo que es hacer bien á los niños, me entusiasma.

MARQUESA. No hay nada más hermoso. Bien: Pues es necesario que yo me vista de un modo conveniente. Quiero ir vestida del todo á estilo de Valencia. Mantón de Manila, flores en la cabeza, falda almidonada.

- PEPITA. De todo tiene la señora.
- MARQUESA. Tienes también que peinarme a propósito.
- PEPITA. Lo haré con mucho gusto, pensando en la obra de caridad que vá á hacer la señora Marquesa. Esos pobres niños!
- MARQUESA. Pobrecitos! Ah! Y saca de la vitrina del salón aquella peineta antigua de concha.
- PEPITA. Enseguida. Y se recaudará mucho para los niños.
- MARQUESA. De seguro. Le dirás también á Perico el cochero, que enganche el tronco bueno.
- PEPITA. ¿Y cuando están enfermos los niños?...
- MARQUESA. Que se pongan Perico y el lacayo las libreas nuevas y los sombreros con escarpela.
- PEPITA. Y cuando los niños...
- MARQUESA. Anda, anda, no pierdas más tiempo. Prepáralo todó.
- PEPITA. (*Aparte*). Cualquiera logra aquí hablar de niños para nada.

(*Mutis*).

- MARQUESA. Voy estando vieja para estos agetreos. Por la mañana comunión. Por la tarde kermesse... El padre Ranz dice que así ganaré el cielo... veremos... ¡No puedo desechar el recuerdo de aquel loco! ¡Ingráto!... podría estar á mi lado tan feliz por una... cualquiera. No le perdonaré nunca. No, no puedo perdonarle, Me ha hecho mucho daño. Me ha amargado la vida... Y gracias á don Manuel y el Padre que son para mí dos hermanos, son mi familia y mi consuelo... De todas maneras, siempre parece que me falta algo. Estoy rodeada de amigos y me encuentro sola; soy rica y no soy feliz; me aseguran que estoy ganando el cielo y me remuerde la conciencia. Y ¿porqué? No lo sé: No he hecho nada malo. Soy una víctima de la maldad de mi hijo y... no estoy tranquila... ¡Bá! tengo que desechar estas ideas. Cuanto tardan don Manuel y el Padre, que me dijeron vendrían

ahora para tratar de lo de la fundación Milagro, siendo ellos la puntualidad andando!

(*Suena la campana*).

¡Ya están ahí!

ESCENA IV.

La MARQUESA, el PADRE RANZ y D. MANUEL.

PADRE. (*Saludándola*) ¿Como está la señora Marquesa?

MARQUESA. Bien, y ¿usted, Padre? (*Besándole la mano*).

PADRE. Para servir á la señora Marquesa.

MARQUESA. Y usted, D. Manuel, ¿está mejor de su constipado?

MANUEL. Ya estoy mejor.

MARQUESA. Siéntense ustedes. (*Se sientan*).

PADRE. Supongo que la señora Marquesa estará impaciente por saber el resultado de nuestras gestiones con respecto á la santa fundación que proyecta.

MARQUESA. Qué hay. ¿Ha cedido ese hombre?

MANUEL. Gracias á la diplomacia del Padre Ranz ha cedido, y en las condiciones más favorables.

MARQUESA. ¿De veras?

MANUEL. Sí, señora; en condiciones muy favorables para la gloria de Dios y salvación de las almas.

PADRE. Pero no se debe á mí, sino al talento de D. Manuel, que se desvive por los intereses de la religión y... los de la señora Marquesa.

MARQUESA. Al fin, ¿en qué han quedado?

PADRE. Hemos quedado en que el Marqués, que por cierto se encontraba reacio...

MANUEL. Cierto, muy reacio,

PADRE. Ceda los terrenos por un cincuenta por ciento de valor.

MARQUESA. ¡Dios se lo pague!

MANUEL. Y se lo pagará. Ya lo creo; como que se trata de una obra de caridad de primer orden.

- PADRE. Sobre todo que ha de evitar muchas ofensas de Dios Nuestro Señor.
- MARQUESA. Adelante.
- PADRE. Bien. Pues como con la mitad del terreno hay más que suficiente para el Asilo, resulta, que edificando casas en la otra mitad, tan barato comprado...
- MANUEL. Como que era para una obra de caridad.
- PADRE. Puede hacer la señora Marquesa un magnífico negocio.
- MARQUESA. Todo se lo debemos al santo Patriarca. Ea cuanto empecé los siete Domingos me decía el corazón que había de salir todo á pedir de boca.
- PADRE. Y así ha salido.
- MARQUESA. Ahora es necesario que veamos de donde sale el dinero para el edificio.
- MANUEL. Eso es, hace falta dinero.
- MARQUESA. No es cosa de que, sobre las molestias que me tomo presidiendo juntas, y molestando á todo el mundo, todavía me cueste el dinero.
- PADRE. De ninguna manera. Demasiado hace la señora Marquesa dando todos los meses una cantidad á nuestra residencia, que basta para que vivamos holgadamente los ocho padres que en ella estamos.
- MARQUESA. En eso no hago más que cumplir con un deber, porque también el padre superior me concede lo que á nadie se concede, como es tener un padre dedicado por completo á la dirección de mi espíritu y á la administración de mis intereses.
- PADRE. Yo cumplo ese encargo con muchísimo gusto.
- MANUEL. El caso es, que la señora Marquesa no puede hacer ahora gasto ninguno. Precisamente hoy ha llegado la cuenta del modisto de París y la del tronco castaño. Es decir, treinta mil francos.
- PADRE. Que horror! Que gasto tan inútil!
- MARQUESA. No hay más remedio que cumplir con la sociedad.
- PADRE. Vamos á lo del Asilo.
- MARQUESA. Bueno: He pensado hacer una función

de Teatro, una corrida de toros, y un partido de pelota.

PADRE. Muy bien pensado.

MARQUESA. Como se trata de un Asilo para jóvenes extraviadas, todos los artistas trabajarán de balde.

PADRE. La cuestión es convencer á toreros y cómicos de que deben contribuir á salvar esas jóvenes extraviadas.

MARQUESA. Se les convencerá.

PADRE. Entonces negocio concluido.

MARQUESA. (*Levantándose*). Me van ustedes á dispensar. pero tengo que vestirme para ir á la Kermesse.

PADRE. Siempre haciendo bien.

MARQUESA. Todo sea por Dios. Hasta luego, señores.

PADRE
Y
MANUEL

Que lo pase bien la señora Marquesa.

(*Mutis la Marquesa*).

ESCENA V.

Dichos menos LA MARQUESA.

MANUEL. Qué señora tan angelical!

PADRE. Dios se lo pagará.

MANUEL. Espanto causa pensar que dentro de poco entra en la mayor edad el hijo y...

PADRE. Espanto verdaderamente, por que entonces: Adios obras de la mayor gloria de Dios! adios donativos al convento.

MANUEL. Como que la señora se queda entonces muy mal. Casi todo es del hijo y se lo reclamará y la pedirá cuentas.

PADRE. Qué vá á ser de nosotros?

MANUEL. Nada; caer en la miseria.

PADRE. Y ser objeto de la venganza del joven Marqués que nos odia cordialmente.

MANUEL. Y que no dejará de hacernos alguna que sea sonada.

PADRE. No nos perdonará nunca el haber aconsejado á la Marquesa que no transigiera con la boda.

- MANUEL. En cumplimiento de nuestro deber.
PADRE. Cómo íbamos á consentir ese bodorori que era una deshonra para la casa?
- MANUEL. El chico es una calamidad. No se como ha salido tan impío, siendo hijo de quien es.
- PADRE. Impío? Demagogo, republicano; que sé yo lo que es ese demonio.
- MANUEL. Demonio que viene á ser dentro de poco el amo de esta casa.
- PADRE. Y como evitarlo?
- MANUEL. No hay manera ninguna. Es hijo único y...
- PADRE. Para todo hay remedio en este mundo.
- MANUEL. No ve usted que los bienes todos eran del padre y muchos de ellos vinculadõs al título? Entrar en la mayor edad el chico y tener derecho á todo, son cosas simultáneas.
- PADRE. Si se muriera...
- MANUEL. Eso sería una felicidad para todos y en particular para su pobre madre.
- PADRE. Es una muerte que nos valdría á nosotros unos veinte millones contantes y sonantes; pues siendo en absoluto de la Marquesa...
- MANUEL. Claro que eran nuestros.
- PADRE. Ba! Hablar de la mar. Pepito no se muere por lo mismo que lo deseamos.
- MANUEL. La cosa es grave; muy grave.
- PADRE. Mire usted, hay casos en que la gloria de Dios y salvación de las almas, piden cosas de las que el mundo reprueba...
- MANUEL. No comprendo...
- PADRE. Pues bien claro lo digo. Que á veces lo que la sociedad llama un crimen, es una acción meritoria.
- MANUEL. Eso es indudable. Como que la sociedad es enemiga de Dios.
(Entra Juan coje el plumero y vase foro izquierda).
- PADRE. Figúrese usted que Pepe vuelve aquí, reconciliado con su madre.
- MANUEL. Eso nunca...
- PADRE. Calma, amigo mío, calma.
- MANUEL. Pepe...
- PADRE. Vuelve Pepe, y como está muy deli-

cado, la misma emoción de la alegría le hace daño.

MANUEL. No le hará.

PADRE. Le hará si come ó bebe algo que le haga daño.

MANUEL. Padre, por Dios: Qué dice usted?

PADRE. Nada; puesto que usted se asusta.

MANUEL. Acaso no he entendido bien.

PADRE. Don Manuel hablemos claro... Usted y yo, si llega Pepe á la mayor edad perdemos influencia, posición y todo.

MANUEL. Es verdad.

PADRE. La fortuna que hoy se emplea en obras piadosas, se gastaría en bromas, en desórdenes. Que pide, pues nuestro interés y el de la religión? Que desaparezca ese joven que por otra parte es un verdadero azote de su madre.

MANUEL. La cosa, sin embargo, es horrible: y luego..... la justicia.

PADRE. La justicia no se mete nunca con los jesuitas ni con los ricos piadosos.

MANUEL. Y como podría hacerse la cosa?

PADRE. Del modo más sencillo del mundo. Se prepara una reconciliación de la madre con su hijo, cosa que á nosotros nos es facilísima; nos queda agradecido; no desconfía de nosotros; toma una taza de thé en nuestra presencia y... yo me encargo de todo.

MANUEL. Pone usted las cosas de una manera tan sencilla y fácil, que seduce.

PADRE. El fin justifica los medios, amigo don Manuel.

MANUEL. Eso es indudable.

PADRE. Aquí el fin que se persigue es que la Compañía á que pertenezco reciba unos cuantos millones que tan bien ha de emplear y usted otra fortuna fabulosa.

MANUEL. Estoy completamente decidido. No hay más salida en este asunto que la que usted propone. Y el niño y la viuda á que tienen derecho?

PADRE. A casi nada. La Marquesa sería tutora del niño y figúrese usted con la edad que tiene que no pasa de un año...

MANUEL. Es verdad...

PADRE. Manos, pues, á la abra. Vamos á buscar á Pepe enseguida y decirle que su madre quiere verle. Ella no nos ha de dejar mal y mañana...

MANUEL. Mañana es un gran día para nosotros.

PADRE. Vámonos.

MANUEL. Vamos. (*Mutis*).

ESCENA VI.

CRISTINA

CRISTINA. Me ahogo en el cuarto de Pepita; no puedo más. Esta ansiedad, esta zozobra no pueden tolerarse mucho tiempo. Me decido á todo y sea lo que Dios quiera. Parece increíble! Una madre poder vivir sin su hijo; sin su nieto. Rodeada de gentes que no la quieren, que la explotan; hijo de mi alma!... por él todas las humillaciones; todos los sufrimientos. Será capaz de resistirse la Marquesa? Imposible: Cuando yo la diga que peligra la vida de su nieto, de Pepe; sí! porque Pepe no sobrevive á su hijo. Y yo? De mi que no se acuerden: yo no valgo nada; soy una plebeya, una cualquiera, deshono una familia entrando en ella... Pepe fué un loco casándose conmigo... Qué disgustos acarrea la diferencia de clases!..... La Marquesa! Dios me de fuerzas.

ESCENA VII.

Dicha, LA MARQUESA y PEPITA

(*La Marquesa sale vestida de horchatera y al ver á Cristina se detiene*).

MARQUESA. Usted? Usted aquí?

PEPITA. Sí; ha venido...

MARQUESA. (*Con violencia*). Cállate tú!

CRISTINA. He venido...

MARQUESA. Lo sé... Lo sé demasiado. A insultarme en mi propia casa; á gozarse viendo á

una madre cuya desgracia ha sido usted; á tratar de conquistar lo que no conquistaría usted nunca; la posición con que usted sueña; á contemplar su obra; á... vamos, retirese usted, retirese y no quiera que diga lo que siento. Sería muy duro!

CRISTINA. No, no me puedo ir sin que usted me oiga.

PEPITA. Si es, que...

MARQUESA. He dicho que te calles!

CRISTINA. Repito que es necesario que usted me oiga.

MARQUESA. Y yo repito que se retire usted por que no respondo de mi. Porque haré que la eche á usted un lacayo...

CRISTINA. Cuanta violencia y sin embargo...

MARQUESA. Lo ve usted? Ya está el insulto en sus labios. Entre usted y yo no puede haber nada común.

CRISTINA. Y sin embargo lo hay porque mi hijo es nieto de usted y de ese se trata. Del niño.

MARQUESA. *(Aparte)*. Del niño? Qué ocurrirá!

(Tras un momento de vacilación, en que parece que lucha consigo misma, dice):

Yo no tengo hijos, y por lo tanto no tengo ni puedo tener nietos! Termine-
mos esta entrevista! No busque usted un escándalo!

CRISTINA. No busco escándalo, señora; no lo quiero, pero no me iré sin decir que el hijo de quien usted reniega es el mejor de los hombres y el mejor de los hijos.

MARQUESA. Sí; porque con usted...

CRISTINA. Porque conmigo cumplió sus deberes de cristiano y caballero...

MARQUESA. Deshonrando á su familia y matando de pena á su madre.

CRISTINA. Sin deshonrar á nadie porque la honra no puede manchar y yo siempre he andado por el mundo con la frente levantada.

MARQUESA. Usted, ya que se empeña en hacerme hablar, es una ambiciosa que pasando por encima de todo respeto, quiso apo-

derarse de una posición con la que no podría ni soñar.

CRISTINA. Señora!

MARQUESA. Usted engañó á un pobre joven, haciéndole creer en no se que idilios ridículos, usted...

CRISTINA. (*Con gran energía*). Yo, señora, lo que hice fué exigir que un noble no jugara con el honor de una mujer y la tranquilidad de una pobre anciana, tan honrada y tan noble como usted; lo que hice fué, honrar á ese noble dándole mi mamo; *fué dejarme convencer por él*, cuando me dijo que el amor no reconocía diferencias de clases. Usted no hubiera querido, que su hijo, como prescriben las leyes de la que se llama alta sociedad, cansado de caballos y bicicletas, se distrajera en despedazar un corazón y robar una honra, como si el ladrón de honor no fuera más perverso que el de dinero; y luego; después de cometer una infamia, se hubiese ido á darse golpes de pecho en la Congregación de San Luís Gonzaga. Mas no sucedió así, porque mi Pepe era noble de verdad; porque tiene corazón, porque me quería de veras; y cuando vió que él era mi vida, me llevó al altar y allí presentamos dos corazones para que los uniera el cura como hacen los pobres, y no dos bolsillos como hacen los aristócratas!

MARQUESA. Pepita acompaña á esta mujer á la escalera.

PEPITA. Pero qué es eso? Se pone mala la señorita.

(*Corriendo hacia Cristina que cae desmayada sobre un sofá.*)

MARQUESA. (*Titubea un momento y al fin sale sin mirar á Cristina diciendo*): Me voy á la Kermesse á pedir para los pobres. Ya es la hora. Eso no será nada.

PEPITA. Señorita, señorita Cristina! Ay Dios mío! Está muy mala. Juan! Juan, ven corriendo!

Fin del acto primero.



ACTO SEGUNDO



La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

CRISTINA, PEPITA y JUAN.

(Pepita y Juan ayudan á Cristina á volver en sí).

- PEPITA. Anda, hombre: que torpe eres.
JUAN. Si es esto lo que se debe hacer. Darla á oler vinagre.
PEPITA. Pobre señorita. No se como ha tenido tanta paciencia.
JUAN. Mira, ya abre los ojos.
PEPITA. Señorita Cristina. Está usted mejor?
CRISTINA. Qué horror! Qué mareo tan horrible!
PEPITA. Ya no está la señora Marquesa. Se ha ido.
CRISTINA. La Marquesa! Sí, ahora me acuerdo. Me ha insultado. Ha insultado á mi Pepe. Pobres de nosotros! Pobre hijo mío! *(Llora)*.
PEPITA. No llore usted: no llore usted por Dios que me conmuevo yo también.
CRISTINA. Qué va á ser de mi pobre hijo?
PEPITA. Que irá á los baños, porque tenemos todavía los pobres dinero para que vaya.
JUAN. Sí, señor, nosotros tenemos dinero para que vaya.
CRISTINA. Vuestra bondad no puede salvarnos.

- No puedo aceptar vuestros ofrecimientos.
- PEPITA. Pues los debería aceptar usted porque son verdaderos.
- JUAN. Nosotros no somos de sangre azul, ni amigos de beatos, pero sabemos hacer un favor y sacrificarnos por la caridad.
- CRISTINA. Gracias, amigos míos, muchas gracias.
- PEPITA. Nada, nada, que mañana mismo tienen ustedes los dos mil reales que necesitan.
- (Cristina llora).*
- JUAN. Eso es la aristocracia y eso es la devoción de comuniones y novenas. No saber nunca remediar una necesidad.
- PEPITA. Es una infamia lo que ha hecho la Marquesa.
- CRISTINA. No lo hace ella. Está dominada por el padre Ranz.
- PEPITA. Y porqué la domina? Lo que es á mí no me ha entrado el tal padre con sus ojos cambiados y su actitud hipócrita.
- JUAN. Y aquella cara de lechuza que tiene.
- PEPITA. Si estas cosas se arreglaran á bofetadas! Ay, quién fuera hombre...
- JUAN. Lo mismo digo yo.
- PEPITA. Tú?
- JUAN. Sí, porque un criado no puede hacer lo que quiere: no se le considera como hombre. Y sin embargo, puede ser que sea yó el que arregle este asunto.
- PEPITA. Está usted ya bien señorita?
- CRISTINA. *(Levantándose).* Estoy ya bien y me voy: me voy inmediatamente. Quiero salir de esta casa. Aquí se ahoga una. Mi Pepe estará esperando. Mi hijo! Qué felices somos los pobres cuando nos queremos! Qué infelices los ricos, que viven sin afecciones, sin amor, sin alegrías. Adiós, Pepita.
- (Abrazándola y besándola).*
- Adiós, Juan, Adiós, amigos míos!
- PEPITA. Pero, se va usted sola?
- JUAN. Yo la acompaño.
- CRISTINA. No hay necesidad; estoy ya bien.
- PEPITA. Anda, Juan, ponte el sombrero. Acompaña á la señorita.

- JUAN. Voy enseguida. Espere usted un momento. (*Mutis*).
- CRISTINA. Que desgraciada soy!
(*Apoyándose en el hombro de Pepita*).
- PEPITA. No llore usted, por Dios señorita. No llore usted que todo se arreglará! El niño se pondrá bueno.
- CRISTINA. Adiós!
- PEPITA. Adiós, señorita Cristina.

ESCENA II.

CRISTINA, PEPITA y el MARQUÉS.

- (*Al salir el Marqués corre á abrazar á su mujer*).
- CRISTINA. Pepe de mi alma! (*Abrazada á él*).
- MARQUÉS. Para qué has venido aquí?
- CRISTINA. Por él; por el niño.
- MARQUÉS. De aquí no se puede esperar nada. Aquí reina el egoísmo.
- CRISTINA. Es verdad, vámonos Pepe, vámonos.
- MARQUÉS. Antes necesito saber lo que ha sucedido aquí.
- CRISTINA. Nada, que... la Marquesa no ha querido recibirme.
- PEPITA. Diga usted que no, señorito. La ha recibido: la ha insultado. la...
- MARQUÉS. Insultado? A tí? Dímelo todo. Qué ha pasado?...
- CRISTINA. Sí; se acaloró: yo hablé también y...
- MARQUÉS. Pero, qué te ha dicho? Qué tiene que decir de tí esa señora?
- CRISTINA. Lo de siempre. Que te engañé; que soy ambiciosa; que...
- MARQUÉS. Para qué has venido aquí tú? No te comprenden. No pueden comprenderte. Todo lo que se explica por el cariño no tiene explicación en esta casa. El padre Ranz no entiende de cariño ni de ternura.
- PEPITA. Y la señora está dominada por él completamente.
- MARQUÉS. Claro. El hijo no tiene influencia y la tiene D. Cándido. Al hijo se le arroja por el delito de amar y á D. Cándido

se le entrega el gobierno de la casa, porque no ama. De qué talismán disponen esos hombres para apoderarse de las gentes y dominarlas y obsesionarlas é hipnotizarlas?

PEPITA. Como les prometen el cielo.

MARQUÉS. Pero el cielo entonces se dá como premio de todas las infamias y de todas las bajezas. El cielo es para los que viven encerrados en el egoísmo como en un fanal de hielo? Ah! Si del cielo son dueños los jesuitas, no quiero ese cielo. Me avergonzaria ir á él.

CRISTINA. Vámonos de aquí Pepe, vámonos.

MARQUÉS. *(Cada vez más agitado)*. Yo no puedo marcharme así. Te han insultado: te han humillado. La Marquesa!... La Marquesa es sagrada para mí porque es mi madre. Pero ese hombre; digo, no; ese beato; ese va á saber hoy lo que soy yo. Va á saber lo que es el Marqués de Villafuerte.

CRISTINA. Por Dios Pepe! No des un escándalo; se trata de tu madre...

MARQUÉS. Harto he callado! Mi madre que haga lo que quiera; pero el Padre Ranz el causante de todas nuestras desdichas, sale hoy por el balcón.

CRISTINA. No, no; que ese hombre es un bicho malo.

MARQUÉS. Pues á los bichos se los aplasta con el pie y á ese le voy á aplastar yo.

CRISTINA. No adelantarás nada... Agravarás la situación.

MARQUÉS. Adelantaré, si. Daré salida á este mar de cólera que tengo en el pecho. No puedo más. Me ahoga la rabia, viendo que con el nombre santo de la religión, se cubren las infamias más horribles. No, el criminal que lleva su grillete, que sufre en el presidio, es digno de respeto; de lástima por lo menos. El crimen que huele á incienso; la infamia vestida de casulla; el bandido que da bendiciones, son algo tan monstruoso, que forma un mar de asco, de indignación, de odio!

- CRISTINA. Cálmate, por Dios!
MARQUÉS. Tú márchate. El niño ha quedado solo en casa. No estás bien aquí.
- CRISTINA. No me voy sin tí.
MARQUÉS. Déjame, Cristina: Déjame que una vez siquiera me desahogue. Déjame un momento en casa de mi madre; en mi casa, convertida en la casa de ese miserable con sotana.
- CRISTINA. Yo te lo ruego. Vámonos.
MARQUÉS. No, no; vete tú. Juan te acompañará. Espérame en casa. Voy enseguida.
- CRISTINA. Bueno: me voy, pero prométeme no faltar al respeto á tu madre: no dar un escándalo.
- MARQUÉS. Yo te lo prometo. No diré una palabra á mi madre.
- CRISTINA. Adiós, entonces.
MARQUÉS. Adiós, Cristina mía!
CRISTINA. Adiós!... (*Mutis Cristina*).

ESCENA III.

MARQUÉS y PEPITA.

- MARQUÉS. (*Paseándose agitado*). Hoy van á oír aquí cuatro verdades.
- PEPITA. Y bien merecido que lo tienen. Ha sido horrible lo que la señora ha hecho con la señorita Cristina.
- MARQUÉS. Qué ha sido?
PEPITA. La ha insultado de tal manera, que la señorita se desmayó.
- MARQUÉS. Y mi madre?
PEPITA. Se fué á una Kermesse, vestida de horchatera á pedir para los pobres.
- MARQUÉS. Qué farsa más ridícula!
PEPITA. Juan y yó auxiliamos á la señorita y al fin se le pasó.
- MARQUÉS. Siempre lo mismo. Sin corazón! Esas gentes se dejan el corazón en el confesionario. Mi madre era buena, era generosa, hizo la felicidad de mi padre. La han quitado el corazón!
- PEPITA. La señora dudaba, sobre todo cuando oyó lo del niño.

- MARQUÉS. La habló del niño?
PEPITA. Sí, la dijo que se trataba del niño.
MARQUÉS. Y dices que la Marquesa se conmovió?
PEPITA. Sí, sí: se conmovió. Yo la conozco muy bien y se conmovió.
MARQUÉS. Entonces...
PEPITA. Pero sin duda se acordó del padre Ranz y...
MARQUÉS. Qué?
PEPITA. Se va usted á enfadar si se lo digo.
MARQUÉS. Dilo todo. Conviene que lo sepa todo.
PEPITA. Pues bien, dijo, que no tenía nietos ni hijos.
MARQUÉS. Ah!...
PEPITA. No, pero la señorita la dijo cada cosa!...
MARQUÉS. Es necesario que esto termine.

(Pasándose).

Mi madre tiene derecho de hacer lo que guste, lo sufriré sumiso: pero ese jesuita sale hoy de aquí para no volver. Sale de grado ó por fuerza, pero sale. Lo pide mi padre desde el sepulcro. Lo piden mi mujer y mi hijo. Lo pide el mismo interés de mi madre. Habrá una escena violenta. Que la haya! No importa. Si hay que gritar, se grita; si hay que luchar á brazo partido, se lucha; si hay que matar, se mata. Pues qué! no hay más que vestirse unas faldas negras para poder entrar en las casas y separar los hijos de las madres y destruir la paz de los hogares é irse luego al púlpito á predicar la caridad? No: esa gente necesita encontrar alguna vez alguien que no baje la cabeza ante ella. Si son hombres, que se baten cara á cara como se baten los hombres; y si no lo son, que declaren á que clase de reptiles pertenecen.

(Suena dentro una campana).

- PEPITA. Ay, señorito! La señora Marquesa sube. He oído parar el coche en el portal.
MARQUÉS. Aquí la espero.
PEPITA. Por Dios, escóndase usted.

MARQUÉS. Yo esconderme? En mi casa? En casa de mis padres? No. Retírate. Déjame solo. (*Mutis Pepita*).

ESCENA IV.

La MARQUESA, el MARQUÉS, después JUAN.

MARQUÉS. Dos años hace que no la veo! Pobre madre mía!

(*Entra la Marquesa y al ver á su hijo queda parada y muda durante un instante. El Marqués después de titubear y con mucha turbación dice*):

Madre!

MARQUESA. (*Sin moverse*). Qué quieres?

MARQUÉS. Esto no puede seguir así. Yo...

MARQUESA. Es tarde para que te arrepientas de lo hecho.

MARQUÉS. Es que no me arrepiento.

MARQUESA. Entonces, á qué vienes aquí?

MARQUÉS. Vengo porque allí, en mi casa, tengo medio corazón, pero el otro lo tengo aquí. Eres tú.

MARQUESA. No me conmueves. Ese es otro sistema para lograr lo que te propones: meter aquí á esa... mujer.

MARQUÉS. Esa mujer es mi esposa; es la madre de mi hijo, de tu nieto; del futuro Marqués de Villafuerte.

MARQUESA. No me lo recuerdes: No me lo recuerdes porque renueva toda la amargura, toda la indignación que me produce ese hecho monstruoso, espantable.

MARQUÉS. Cuanta preocupación! Cuanta rutina.

MARQUESA. Recuerda que estás hablando con tu madre, y que tu madre es la Marquesa de Villafuerte; no alguna... *oficiala de modista*.

MARQUÉS. Es que si lo fuera, para mí valdría tanto como ahora. Valdría más, porque acaso el pan con que me hubiera alimentado hubiera tenido que quitárselo ella de la boca.

MARQUESA. Muy bonitas teorías, pero inoportuna aquí.

MARQUÉS. Oportunas cuando la clase de una mujer honradísima es único motivo para que se la insulte y se la rechace.

MARQUESA. Te advierto que no estoy dispuesta á recibir lecciones tuyas: que mi paciencia se va acabando.

MARQUÉS. Hablemos con calma... Siéntate... tengo que decirte muchas cosas.

(La Marquesa titubea un poco y al fin se sienta. El Marqués también).

Aunque sea doloroso volver sobre hechos pasados, he de decirte, que esa boda tan reprobada por tí, tan maldecida por los que te rodean, era para mí el cumplimiento de un deber.

MARQUESA. Tu primer deber era complacer á tu madre, que estaba sola en el mundo, que no tenía más que á tí.

MARQUÉS. Me hubieras tú pedido el mayor sacrificio; el acto más heróico y hubieras visto lo que tu hijo te quería; pero me pediste el sacrificio de una pobre niña, de un ángel de candor y de bondad, y eso, yo no podía hacerlo. Hubiera sido una infamia que lo hiciera.

MARQUESA. Cuando yo te lo pedí, es porque podía pedírtelo.

MARQUÉS. Si aquello no lo hiciste tú. No: tú tienes demasiado corazón para que no me hubieras comprendido, aquello lo hizo... alguien que no eras tú.

MARQUESA. La historia de siempre.

MARQUÉS. Sí; la de siempre: la que llevo escrita en el corazón. Lo declaro ingenuamente: no puedo con la idea de que influya en tí, nadie que no sea tu hijo. El que debe influir!

MARQUESA. Te he dicho antes que no admito lecciones de nadie y menos de tí.

MARQUÉS. Ni trato yo de dártelas. Pero es que hoy vengo decidido á algo á que tengo estricto derecho y... lo quiero decir y lograr dentro del respeto que debo á mi madre.

MARQUESA. ¿Qué es ese algo?

MARQUÉS. Que tú hagas en el asunto de mi boda y en todos, lo que quieras tú, no lo que

quiera otro, porque tú puedes disponer de mí, de mi felicidad, de mi vida, pero tú, tú sola, nadie más que tú!

MARQUESA. No te comprendo.

MARQUÉS. No quieres comprenderme. Lo diré claro, sin rodeos; alguna vez había de ser. Todo Madrid lo dice y comenta que en esta casa manda un jesuita!

MARQUESA. *(Levantándose)* Te prohibo terminantemente, te prohibo que nombres siquiera á quien vale más que nosotros: á un santo que es mi amigo, y por lo tanto digno de respeto.

MARQUÉS. Pues no lo es, porque no debe serlo; porque es un... miserable.

MARQUESA. ¡Pepe! ¿Qué es ésto? ¿Quieres que te mande salir inmediatamente? ¿Deseas un escándalo?

MARQUÉS. Qué he de desear? Deseo tu bien; deseo..

MARQUESA. Calla entónces; calla y no hables más sinó es para pedirme perdón por haber sido la desgracia de mi vida; mi azote, mi deshonra!

MARQUES. A tí te pediré perdón si así lo deseas. Ese jesuita, entiéndelo bien; ese jesuita no entra aquí más porque yo no quiero que entre: porque no debe entrar.

MARQUESA. Y tú me lo vas á prohibir?

MARQUÉS. No voy á prohibir nada, pero voy á tirar por un balcón al padre Ranz.

MARQUESA. Quisiera yo ver eso.

MARQUES. Pues es posible que lo veas muy pronto.

(La Marquesa toca un timbre y se presenta Juan)

JUAN. ¿Llama la señora Marquesa?

MARQUESA. Sí; acompaña al señor Marqués á la puerta y ten entendido que no estoy nunca para él.

MARQUES. ¡Madre!

MARQUESA. Calla, no pronuncies ese nombre. Vete!

MARQUES. ¿Y si me negára á irme? si...

MARQUESA. Llamaré á los guardías para que te echen.

MARQUES. Pues llámalos. No me voy!

MARQUESA. Pepe, no me mates de un disgusto. ¡No pongas el colmo á tus infamias!

- MARQUES. No me puedo marchar. Necesito defenderte de lo que te deshonra y te hace desgraciada.
- MARQUESA. Basta, basta de insultos. ¿No te vas tú? Me voy yo: pero no olvides que has faltado al respeto á tu madre.

ESCENA V.

Dichos y el PADRE RANZ.

- PADRE. ¿Qué es esto? ¿qué pasa? Las voces se oyen desde el portal.
- MARQUESA. Una nueva infamia.
- MARQUES. Calla: ahora no habla aquí nadie más que yo. En primer lugar, quien es usted para entrar sin anunciarse en esta casa y en esta habitación?
- PADRE. Soy el padre Ranz, de la Compañía de Jesús.
- MARQUES. Ese no es título ninguno para entrar en esta casa.
- PADRE. Y usted, ¿con qué derecho me interroga en presencia de la dueña de esta casa?
- MARQUESA. Eso es: Yo...
- MARQUES. Repito que ahora hablo yo. Con el derecho que me dá el ser hijo de esta señora, y por lo tanto estar en mi casa.
- PADRE. Siento, amigo mío, que tome usted ese tono cuando precisamente buscaba yo á usted para algo que pudiera alhagarle. Me atrevo á suplicar á la señora Marquesa que se retire. Tengo que hablar á solas con el señor Marqués.
- MARQUESA. Como usted quiera, Padre.

(La Marquesa se retira).

ESCENA VI.

El PADRE RANZ y el MARQUÉS.

- PADRE. Tomemos asiento si á usted le parece, señor Marqués.
- MARQUES. Como usted guste. *(Se sientan)*

- PADRE. He dicho antes y repito ahora que buscaba á usted para algo que pudiera serle muy agradable.
- MARQUES. Lo dudo; francamente. Entre usted y yo es imposible que haya relación alguna.
- PADRE. (*Aparte*). Tengamos paciencia hasta el fin.
- (*Alto*) No veo la razón...
- MARQUES. Es muy sencilla. Yo soy un impío, un demagogo, amo á una mujer, tengo un hijo, respeto á mi madre... Quien ama á las mujeres no puede ser amigo de los jesuitas!
- PADRE. Señor Marqués, usted me insulta sin que haya dado motivo alguno.
- MARQUES. ¿Qué no ha dado usted motivo?
- PADRE. Qué yo sepa... no...
- MARQUES. Mire usted, Padre Ranz, ni mi carácter ni el sitio donde nos encontramos, me consienten disimular por más tiempo... No comprendo...
- PADRE. (*Levantándose*) Vá usted á comprender en seguida. Es necesario que usted no ponga más los pies en esta casa. ¡Pero nunca! ¿Lo entiende usted? ¡Nunca jamás!
- PADRE. Me parece, señor Marqués que mi paciencia no deja nada que desear, pero...
- MARQUES. Y ¿tiene usted valor de hablar de paciencia y hablarme á mí? A mí que siendo el hijo de esa pobre señora me veo suplantado en esta casa por usted. A mí, que hace dos años sufro en silencio la rabia y la indignación de ver que en mi casa y en mi madre manda alguien que no somos mi padre ni yo.
- PADRE. Hecho muy deplorable, pero del que yo no tengo culpa ninguna.
- MARQUES. ¿Qué no tiene usted culpa?... ¡vamos, vamos! ahorremos palabras inútiles y recuerdos que muerden el corazón.
- PADRE. Es que lo sostengo. No tengo en eso que usted dice, la más mínima culpa.
- MARQUES. Si es la obra de usted: si mi madre no piensa, ni quiere, ni odia, ni ama más que lo que usted piensa, quiere y abo-

rece. Si es usted el que vistiéndole traje de ministro de paz, introdujo la guerra en esta casa. Si nadie más que usted ha sido el que, usando no se que medios, ha congelado el corazón de una mujer noble y generosa, para que pueda vivir sin amar. ¿Qué no tiene usted la culpa? Ciertamente; no es culpa, no: es un crimen horrible entrar en una casa hablando de Dios, para ahogar allí todos los sentimientos nobles. Entrar y no robar algún candelero de plata, pero sí la felicidad y la paz de una familia. Esto es lo que usted ha hecho... Esto es... lo diré, la infamia que usted ha cometido. Por Dios, señor Marqués...

PADRE.

MARQUES.

(*Cada vez más exaltado*). Y luego, usted que tantas obras de caridad aconseja á la Marquesa, no sabía que había una mujer más buena que los ángeles del cielo. mi Cristina, sufriendo privaciones y miserias? ¿No sabía que un niño inocente padecía por culpas que no había cometido? Esa kermesse de que vuelve mi madre, esas funciones de caridad que ustedes organizan, ¿qué son sino farsas ridículas que profanan el nombre santo de la caridad? ¿Qué sino insultos al pobre en cuyo honor se baila? ¡Sarcasmos sangrientos que indignan y sublevan! Pedir vestida de horchatera para no sé qué huérfanos, mientras se niega al nieto lo necesario para la salud y para la vida! Esta es la obra de usted. En esta casa donde reinaron un tiempo las virtudes cristianas, reina hoy, gracias á usted, la hipocresía, la farsa, el egoísmo, la frialdad más espantosa.

PADRE.

MARQUES.

Repare usted que...

No, no reparo nada. Salga usted de aquí. Salga, pero para no volver: haría yo un disparate. Se lo advierto noblemente. Estoy dispuesto á todo! Hasta á matarle á usted como á un perro. Sí: ó deja usted esa presa que despedaza entre sus garras, esa pobre mujer todo

bondad y sencillez ó yo le mato á usted.

PADRE.

(*Aparte*). Lo que me temía.

(*Alto*). Accedo á todo lo que usted quiera. No pido más que un favor. Que me oiga usted una palabra de que puede depender la felicidad de todos.

MARQUES.

¡Padre!

PADRE.

¿Qué pierde usted en oirme?

MARQUES.

(*Haciendo mucha violencia*). Hable usted..

PADRE.

Quiero, antes de irme, aprovechar mi influencia con la Marquesa, para que se haga entre ustedes una reconciliación.

MARQUES.

¿Qué?

PADRE.

Sí; lo declaro noblemente. Hemos estado todos equivocados. Usted debe venir aquí á vivir á ser el amo, en compañía de su mujer y de su hijo.

MARQUES.

Pero, usted?...

PADRE.

Yo quiero demostrar al señor Marqués, que podré equivocarme, pero cuando veo la razón y la verdad me voy tras ellas.

MARQUES.

Quiero creerle á usted y...

PADRE.

Qué prueba mejor de mi sinceridad que llamar á la Marquesa y pedirla en nombre de Dios y de la religión que transija, que abra á usted los brazos?

MARQUES.

Pues bien, padre, si usted hace eso; si logra que aquí renazcan la paz y la felicidad, yo declararé noblemente también, que le había juzgado á usted mal.

PADRE.

Ahora verá usted. (*Toca un timbre*).

JUAN.

(*Saliendo*). ¿Qué desean los señores?

PADRE.

Dí á la señora Marquesa que tenga la bondad de venir.

JUAN.

Está muy bien. (*Se vá*).

MARQUES.

(*Aparte*). Será capaz este hombre de hacer lo que dice?

PADRE.

(*Aparte*). Ya verás tú de lo que es capaz un jesuita.

ESCENA VII.

Dichos y la MARQUESA.

- MARQUESA. Juan me avisa que ustedes tienen algo que comunicarme.
- PADRE. En efecto, señora Marquesa, tenemos el señor Marqués y yo, perfectamente de acuerdo, que hacerle una manifestación muy importante.
- MARQUESA. Sentémonos si á ustedes les parece.
- PADRE. Como guste la señora Marquesa.
- MARQUESA. De que se trata?
- PADRE. Se trata de que el señor Marqués, me ha convencido de que realmente, hoy es una ofensa de Dios nuestro Señor el que, con su mujer y su hijo no viva en esta casa.
- MARQUESA. Como? Habla usted de veras?
- PADRE. Con todo mi corazón.
- MARQUESA. Pero usted me ha dicho siempre, precisamente lo contrario.
- PADRE. Dios manda que cuando los hombres de buena fé se equivocan, reconozcan su error humildemente y lo enmienden si es posible.
- MARQUESA. Ha habido tambien agravios que...
- PADRE. Yo ruego á la Marquesa, en nombre del corazón santísimo de Jesús, que olvide, que perdone.
- MARQUESA. Sin embargo... en un momento.
- PADRE. Lo pide la mayor gloria de Dios.
- MARQUESA. Entonces, por mi parte.
- MARQUES. *(Corriendo á abrazar á su madre. Esta se levanta y permanecen abrazados un rato).*
Madre mía!
- MARQUESA. Hijo! Hijo de mi alma!
- PADRE. *(Aparte).* Esto es lo que yo buscaba: El triunfo es mio.
- MARQUESA. Este es el día más feliz de mi vida! Voy á que te traigan el niño.
- MARQUESA. Sí; vé enseguida, que venga tambien Cristina; mira siento una alegría, una cosa, aquí en el corazón tan dulce...
- MARQUES. Que buena eres!

(Se abrazan otra vez).

- MARQUESA. Que vengan, sí! Que vengan el niño y Cristina, que estoy hambrienta de cariño!
- PADRE. (*Aparte*). Ya os arreglaré yo á los dos.
- MARQUESA. A usted, Padre Ranz, á usted debemos nuestra felicidad.
- PADRE. No hago nunca más que cumplir con mi deber.
- MARQUESA. Pepe, dale las gracias al padre. Has sido muy injusto con él.
- MARQUES. Lo reconozco. Vengan esos cinco.
(*Estrecha la mano al padre y mientras tanto la Marquesa le besa la otra mano, formando los tres un grupo*).
- MARQUESA. Bendito sea usted... padre...
- PADRE. Bendigan ustedes á la Compañía de Jesús!

Fin del acto segundo.



ACTO TERCERO



La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA I.

La MARQUESA y CRISTINA.

MARQUESA. Te digo que parece que toda tu vida has estado en la buena sociedad.

CRISTINA. Y sin embargo, sólo por complacerte, frecuento sus salones. No me gusta esa gente tan falsa y tan cumplimentera.

MARQUESA. Pero no se puede negar que es muy agradable. Hay que tomarla tal cual es, y sacar de ella el partido posible. Un rato de broma y de tertulia.

CRISTINA. Luego, tienen unas lenguas que meten miedo.

MARQUESA. Ya te irás acostumbrando.

CRISTINA. Lo dudo.

MARQUESA. Mira, hay que prepararlo todo para el thé de esta tarde. He convidado al Padre para que venga á pasar la tarde con nosotros.

CRISTINA. Bueno, pues cuidaré de que esté todo dispuesto para las cinco.

MARQUESA. No sabes lo contenta que estoy con mi Asilo para las jóvenes extraviadas.

CRISTINA. ¿Vá bien esa obra?

MARQUESA. Tan bien, que dentro de un año estará acabado.

CRISTINA. ¿Y esas jóvenes van allí por su voluntad?

- MARQUESA. Muchas sí, otras van porque las lleva el gobernador; pero todas están allí muy contentas.
- CRISTINA. No lo creo, francamente. Las que no estén arrepentidas tienen que mirar aquello como un presidio, y las que lo estén, como una desgracia horrible.
- MARQUESA. Si las vieras, cambiarías de opinión.
- CRISTINA. ¿Porqué? Porque se rien y cantan y dicen que son felices? No las creeré. Las mujeres no somos nunca felices más que al lado de los que nos quieren. Esas infelices desgraciadas no tienen en el Asilo nadie que las quiera.
- MARQUESA. Tienen á las hermanas.
- CRISTINA. ¡Las hermanas! Las hermanas que no quieren á sus padres; que no desean tener marido y tener hijos, ¿cómo van á querer á unas extrañas?
- MARQUESA. Tienes unas teorías tan extraordinarias.
- CRISTINA. ¡Verdaderas! Nunca he creído en la felicidad de los conventos, ni en la virtud de las monjas.
- MARQUESA. Si te oyera el padre Ranz...
- CRISTINA. Puede ser que dijera que tengo razón.
- MARQUESA. Lo dudo... De todos modos es una obra de caridad dar casa y comida á esas jóvenes que de otra manera se morirían de hambre.
- CRISTINA. Si es meritorio. Yo entiendo la caridad de otra manera. Creo que esos almacenes de chicos ó de chicas, son la manera que tiene la sociedad de no practicar la caridad haciendo ver que la practican.
- MARQUESA. Eso sí que no lo entiendo.
- CRISTINA. Es muy sencillo. El mundo está lleno de miserias y necesidades. La caridad debe remediarlas. Eso exige muchos sacrificios y para no hacerlos, se forman depósitos de desgraciados y se los echa en ellos para que no tengan ni aun el derecho de quejarse. Si á mi me dieran á elegir, preferiría morir de hambre ó de vergüenza en un rincón que ir á que me pusieran el uniforme de un Asi-

- lo muy semejante al de un presidiario. Más aun; creo que esos establecimientos hacen algo monstruoso, como es que al ladrón lo llevan á una carcel, y al pobre á otra, acaso peor que la primera.
- MARQUESA. ¡Jesús! Cualquiera que te oiga creerá que es un crimen fundar un Asilo.
- CRISTINA. No lo es, porque se hace con buena intención. Esas mismas jóvenes extraviadas que usted colecciona, de seguro que se extraviaron porque tenían hambre; y, por lo tanto, la mejor manera de convertirlas sería darlas de comer y no encerrarlas en un convento.
- MARQUESA. Puede ser que tengas razón, pero, así se ha hecho siempre y...
- CRISTINA. Razón de más para que se ensayara otro sistema.
- MARQUESA. Lo que no puede negarse es que en Madrid se hace mucha caridad. Mira; ahora repartimos la sopa en el Sagrado Corazón, á más de mil pobres.
- CRISTINA. ¿Cuanto les cuesta á las señoras de la Junta dar esa sopa?
- MARQUESA. A mí, un duro al mes.
- CRISTINA. El gasto de esta casa no se hace con mil duros mensuales. Conque; no es gran caridad dar uno para que coman sopa los pobres!
- MARQUESA. Mirando las cosas así, no se hace nunca caridad.
- CRISTINA. Así se deben mirar. Yo pienso, cuando voy conociendo los usos de la aristocracia; que solamente conque cada señora elegante se hiciera al año un vestido menos de los que se hace, y diera el importe á los pobres, se hubiera resuelto el problema social.
- MARQUESA. Ya lo creo.
- CRISTINA. Sin embargo, esas señoras dan ocho y diez mil reales por un vestido, y un duro mensual para los pobres, y se llaman caritativas.
- MARQUESA. Sabes que debías dar una conferencia en el Ateneo sobre la caridad madrileña.
- CRISTINA. Me libraría muy bien, Estos disparates

los digo yo aquí en el seno de la confianza. Es lo que yo pienso. Sabe Dios si estaré en lo cierto

MARQUESA. Me vás á hacer el favor, ahora que me acuerdo, de escribir los nombres de los convidados á la comida de esta noche, y la colocación que han de tener en la mesa.

(Cristina toma papel y pluma).

Pinta la mesa. Un cuadro grande. Así. Ahora, pon á mi derecha á Juanito el barón: es un hombre muy galante que siempre tiene algo agradable que decirme. A mi izquierda al Conde de Gamir: le tengo que hacer una recomendación para el ministerio. Pon á Antonio el de Rocamora, al lado de Pepita Peñaranda: me lo encargó ella mucho anoche en el baile de la embajada. A Gómez el senador, ponle al lado de la Marquesa del Estanque. La gente dice que si son ó no son. Sea lo que quiera, á mí lo que me importa es que todo el mundo lo pase bien en mi casa. Ten cuidado de que las casadas no estén al lado de sus maridos; y adiós, me voy á la junta esa para la conversión de jóvenes extraviadas. Hasta luego.

CRISTINA. Hasta luego.

(Mutis la Marquesa).

ESCENA II.

CRISTINA y el MARQUÉS.

MARQUÉS. Estaba esperando que se fuera mamá para hablarte. Tengo muchas cosas que decirte.

CRISTINA. Veamos! De qué se trata?

MARQUÉS. Esta es la fecha en que distraídos en nuestro viaje á Valencia y nuestra felicidad, no hemos demostrado al Padre Ranz nuestro agradecimiento por el rasgo nobilísimo que tuvo.

CRISTINA. Sabes que no quiero más que lo que tú quieres, pero, si vieras que poco me

- gusta el tal padre! Yo no sé que tiene en los ojos: no mira nunca de frente... Que se yo... Me mete miedo...
- MARQUÉS. Son aprensiones tuyas que tienen explicación en lo pasado.
- CRISTINA. Parece que mi corazón me dice que por ese hombre nos ha de venir alguna desgracia.
- MARQUÉS. Hoy no hay motivo ninguno para creer eso.
- CRISTINA. Sí, lo comprendo: y sin embargo estoy violenta siempre que tengo que hablar con ese jesuita. El otro día, cuando estaba hablando contigo en el despacho le sorprendí mirándote de una manera... con un odio... con un brillo en los ojos...
- MARQUÉS. (*Abrazándola*). Eso te lo hace ver lo mucho que me quieres. No seas tonta y goza del todo la felicidad que tenemos.
- CRISTINA. No lo puedo remediar. Hay aquí algo que me grita; no te fies de ese cura, no te fies...
- MARQUÉS. Bueno, pues no te fies, pero no me negarás que para ahagar á mamá y portarnos bien debemos hacer algo que sea un obsequio á la Compañía. Un objeto religioso regalado á la iglesia de los padres, un donativo á la residencia, algo por ese estilo, que te parece?
- CRISTINA. Muy bien; sí, haremos ese regalo pero...
- MARQUÉS. Pero, qué?
- CRISTINA. Que no vayas tú á la residencia; que no te quedes solo con el padre.
- MARQUÉS. Já, já, já! eres de las que creen en los asesinatos y las conspiraciones tenebrosas de los jesuitas?
- CRISTINA. No creo nada; no sé nada, pero tiemblo; se me oprime el corazón cuando hablo de esto.
- (*Se hecha á llorar*).
- MARQUÉS. No seas tonta, por Dios, Cristina, vés á tomar en sério esas tonterías?
- CRISTINA. No lo puedo remediar. Estoy segura, ese hombre maquina algo contra tí. Ese hombre te odia, le has humillado y los curas no perdonan nunca,

- MARQUES. Si no le he humillado; si partió de él la iniciativa de la reconciliación.
- CRISTINA. Cuando vió en tí la decisión de hecharlo de aquí. Cuando leyó en tu mirada que lo iba á pasar muy mal sino cedía.
- MARQUES. Puede ser que tengas razón, pero sin un motivo sério, sin una prueba concluyente no podemos hacer la guerra á un hombre que con su gran influencia sobre nuestra madre arregló en un momento lo que nadie había podido arreglar en dos años.
- CRISTINA. Es verdad...
- MARQUES. Sí, es verdad, pero te quedas triste y violenta.
- CRISTINA. No me hagas caso. Es sin duda cuestión de nervios.
- MARQUES. Acuérdate de aquellos días en que veíamos malc al niño y no teníamos ni aun medio de atender á su curación.
- CRISTINA. Aquello era horrible, pero esto es más horrible.
- MARQUÉS. Será necesario que te ruegue por nuestro amor, por nuestro hijo, que dejes esas tonterías.
- CRISTINA. Déjame desahogarme. No soy feliz. Sufrí más que antes. Me asfixio en esta atmósfera. El aire que respiro está envenenado; envenenado por ese hombre. Nos amenaza una desgracia; cielo, una desgracia horrible; la presiento, la veo, está aquí; nos toca ya...
- JUAN. *(Saliendo y váse enseguida)*. El padre Ranz!...
- MARQUÉS. *(A Cristina)*. Calla disimula.
- CRISTINA. Callaré...

ESCENA III.

DICHOS y el PADRE RANZ

- PADRE. Como están los señores marqueses?
Alargando la mano á Cristina para que se la bese, y esta con mucha sequedad, retira la cara. El Marqués estrecha la mano al padre.
- MARQUÉS. Bien y usted padre?

- PADRE. Cansado de trabajar. Estamos dando unas misiones en el barrio de las injurias.
- MARQUES. Debe ser un trabajo enorme.
- PADRE. Tres sermones diarios; luego las procesiones que se organizan con los niños de las escuelas; la confesión general; que se yo cuantas cosas.
- CRISTINA. Y que bienes logran ustedes con todo eso?
- PADRE. Que la gente deje todos los pecados y empiece á vivir como Dios manda.
- CRISTINA. (*Con mucha intención*). ¡Ay, si todos vieramos como Dios manda, que bien andaria el mundo!
- PADRE. Efectivamente ese es el ideal de la humanidad.
- MARQUÉS. Vamos á ver, padre Ranz! Yo tengo que decirle una cosa á usted á que quiero me conteste con entera franqueza.
- PADRE. Asi lo haré.
- MARQUÉS. Nosotros, la Marquesa y yo queremos hacer un obsequio á la Compañia, en agradecimiento por lo que debemos á usted.
- PADRE. No se molesten ustedes!...
- MARQUES. Estamos en duda sobre si será mejor regalar un objeto á la iglesia ó hacer un donativo en metálico á la residencia.
- PADRE. Las dos cosas... serán muy agradables á los ojos de Dios nuestro señor.
- MARQUES. Entonces me decido por el donativo, mucho mas cuando yo no entiendo una palabra de cosas de iglesia.
- PADRE. Señor Marqués, parece como se precia usted de no ser afecto á la religion.
- MARQUES. Nada de eso. Que le diga á usted Cristina, cuando tuvimos malo al niño; en todas mis tribulaciones acudo á Dios como por un movimiento instintivo.
- PADRE. Es el supremo consuelo en este valle de lágrimas.
- CRISTINA. Lo que yo no he comprendido nunca es el rezo acompasado, en alta voz, á

coro, con palabras de otro. Yo rezo pidiendo á Dios mas bien con el corazón que con los labios. Llorando en su presencia.

PADRE. Eso es lo que dicen todos los impios que no rezan. No; hay que rezar como manda la Iglesia.

MARQUÉS. Cada uno tiene sus ideas.

PADRE. Pero hay ideas completamente reprobables.

CRISTINA. De modo que hoy nos dedica usted la tarde?

PADRE. Recibí un amable recado de la Marquesa brindándome con una taza de thé y como, por otra parte tenía que darle cuenta del estado de nuestra fundación...

MARQUES. Ya se que marcha viento en popa y lo siento.

PADRE. Como que lo siente?

MARQUES. Lo siento porque creo que esas fundaciones son una verdadera calamidad.

PADRE. Francamente, noto que tanto la señora Marquesa como usted se gozan en decirme todo lo que saben que me molesta.

MARQUES. Dios nos libre; es que hablamos con usted con la confianza, como si fuera de la familia.

PADRE. Me permitiré, no obstante recordar á ustedes que soy miembro de la Compañía de Jesús y que nosotros no transigimos absolutamente con nada que de cerca ó de lejos atente á la pureza de la fé.

MARQUÉS. Si es una lección...

PADRE. Nada más lejos de mi ánimo. Es un consejo. Hoy está todo inficionado por el liberalismo y los jóvenes se sustraen muy dificilmente á este espíritu.

MARQUÉS. Como que es la civilizaci6n; la libertad, es decir, la vida de los pueblos.

PADRE. Pues, ya que usted dice su opini6n, voy á decir la mia. La gran calamidad de nuestros tiempos, está precisamente en esa libertad, Cuando los pecados contra la fé se castigaban con la ho-

- guera, estaba el mundo mucho mejor que ahora.
- MARQUÉS. Y usted cree que el espíritu del Evangelio, todo amor y toda misericordia es compatible con los tormentos, los sambenitos y las velas verdes de la inquisición?
- PADRE. Creo que todo eso es una necesidad, dada la perversidad humana.
- CRISTINA. Eso es espantoso. Quemar vivas á las gentes!
- PADRE. Para que no hagan daño mayor que la muerte, la heregía!
- MARQUÉS. Sin embargo. Jesucristo no habló una palabra de calabozos ni hogueras, sino de indulgencia y amor.
- PADRE. Esas teorías nos han traído al estado en que nos encontramos.
- MARQUÉS. Vaya dejemos esta conversación en que nunca nos entenderemos y vamos si usted gusta á mi despacho y le entregaré ese pequeño donativo para la residencia.
- PADRE. (*Aparte*). No sabes tu lo que te espera. *Alto*. Vamos cuando usted guste. Hasta luego, Marquesa.
(*Mutis con el Marqués.*)

ESCENA IV.

CRISTINA y PEPITA

- PEPITA. Da permiso la señora Marquesa?
- CRISTINA. Si Pepita, que quieres?
- PEPITA. El caso es que tengo que decir una cosa y... no se por donde empezar.
- CRISTINA. De que se trata?
- PEPITA. De una cosa gravísima, terrible...
- CRISTINA. Dios mio. Me asustas. Que es? algún peligro que amenaza á Pepe, no es verdad? El padre... ese hombre!...
- PEPITA. Como lo ha adivinado usted?
- CRISTINA. Porque me lo está diciendo el corazón. Porque me dá frio la mirada, la conversación, las ideas de ese jesuita.
- PEPITA. Es que la cosa es mas grave de lo que usted se pude figurar.

- CRISTINA Habla, habla. Dímelo todo. Aun s erá tiempo.
- PEPITA. Creo que la señorita sabe que Juan y yo...
- CRISTINA Si, sois novios, pensais casaros.
- PEPITA. Juan no sabe tener secretos para mi y hoy esta mañana me dijo: Si me juras no decir nada, te comunico un secreto, pero terrible.
- CRISTINA Dios mio!
- PEPITA. Lo juré, con ánimo de decirselo á usted enseguida.
- CRISTINA Continúa.
- PEPITA. Entonces Juan me dijo; El padre Ranz trata de envenenar al señorito Pepe hechándole un veneno en el thé.
- CRISTINA Jesús, corro á avisarle... que espanto.
- PEPITA. No señorita. No diga usted nada. Juan tiene muy bien pensada la cosa. Desde que sorprondió una conversación de Don Manuel y el padre que le reveló todo, no pierde de vista al jesuita.
- CRISTINA Sin embargo...
(Haciendo ademán de marcharse).
- PEPITA. Calma, señorita calma. Verá usted que bien está lo que Juan ha pensado. Si ahora alborotamos, el padre lo negará todo y no habrá manera de probárselo. Hay que dejar que eche el veneno en el the y el frasco que en el bolsillo de la sotana que... entonces es nuestro.
- CRISTINA. Tienes razón. Si ya lo decia yo! Si ese hombre tiene la mirada de los grandes criminales. Si mi corazón no me engaña nunca. Que horror! Dios mio! Que horror! *(Se deja caer en una butaca).*
- PEPITA. Calma, mucha calma, sinó todo está perdido.
- CRISTINA. La tendré, pero si vieras, que trabajo me cuesta!... Que pensará hacer Juan?
- PEPITA. No lo sé. El me ha dicho; te aseguro que ese reptil no vuelve á morder.
- CRISTITINA. Ya vienen...
- PEPITA. Cuidado con venderse, se echaría todo á perder. Ni una palabra al señorito ni un gesto.
- CRISTINA. No tengas cuidado.

ESCENA V.

CRISTINA, el MARQUÉS, el PADRE RANZ, PEPITA
y luego la MARQUESA, D. MANUEL y JUAN.

- PADRE. Muchas gracias señor Marqués. Tiene usted un corazón de oro.
- MARQUÉS. Lo que he hecho no merece la pena.
- PADRE. *(A Cristina)*. Tiene usted un marido que vale un imperio.
- CRISTINA. *(Muy turbada y sin mirar al padre Ranz)*. Sí!
- MARQUES. Ahora á tomar thé y...
- CRISTINA. *(Se levanta y se pone al lado de su marido)*. Todavía no; es temprano. Debemos esperar á mamá.
- PEPITA. La señora Marquesa está ya en casa: ha entrado en su cuarto y viene enseguida.
- MARQUESA. *(Saliendo)*. Ya estoy aquí.
- MARQUÉS. Que tal van tus fundaciones?
- MARQUESA. No van mal, pero hoy he tenido un disgusto.
- MARQUÉS. Cual?
- MARQUESA. Que el Reverte ha tenido una cogida y no puede venir para nuestra corrida y además el Nuncio se vá á Roma y no estará para poner la primera piedra.
- MARQUES. Pobres jóvenes extraviadas, les faltan dos elementos importantísimos, el Reverte y el Nuncio! Já, já, já...
- MARQUESA. Sí, riete; pero no sabes lo que eso perjudica á la fundación. Por de contado, es muy difícil que tengamos un lleno en la corrida. Hoy, después de la bendición con el Santísimo, conferencié con el Algabeño y me dijo, que á él y al Bomba les era imposible matar los seis toros.
- PADRE. Es un gran contratiempo, van en ello tres ó cuatro mil pesetas para el Asilo.
- CRISTINA. Y la gente de Madrid, sabiendo que se trata de una obra de caridad tan grande, dejará de asistir á la corrida porque mate ó no mate un espada?

MARQUESA. Tanto como dejará de asistir. Acuérdate de lo que pasó en la función de Teatro que organizó la Picache para sus niños desvalidos.

CRISTINA.
MARQUES.
PADRE. } Cómo?

MARQUESA. Los niños desvalidos á quienes protege. Fué una cosa horrible. Iba á cantar en la función la Arana. Se indispone y que dirán ustedes que hicieron los que habían ya tomado billetes? Pedir que les devolvieran el dinero. De modo que cuando los niños tenían recaudada una cantidad de dinero muy respetable, tuvieron que devolverla por haberse puesto ronca una tiple.

MARQUÉS. Lo que demuestra que en esas funciones ni se ejercita la caridad, ni quién tal vió.

MARQUESA. La cuestión es que de otra manera no se saca ni un céntimo para los pobres.

CRISTINA. Es una verdadera vergüenza.

MARQUESA. No vamos nosotros á reformar el mundo.

PADRE. A mi me parece que son muy laudables esas funciones de caridad, pues al fin y al cabo no van con mala intención los que á ellas asisten.

MARQUES. Con la de divertirse y nada más.

PADRE. Llevan tambien la de hacer un bien.

MARQUESA. La falta del Nuncio nos vá á costar muy cara.

CRISTINA. Eso si que no lo comprendo.

MARQUESA. Es muy sencillo. Sinó vá el Nuncio á poner la primera piedra, hay una porción de señoras de la aristocracia que no van tampoco, Figúrate tú que limosnas vamos á recoger así.

CRISTINA. Que tiene el Nuncio que tanta atracción ejerce?

MARQUÉS. Novelerías. Que es un personaje y no habla claro el español.

PADRE. Que es el representante de Su Santidad.

MARQUESA. Dejemos esta conversación. A que no sabeis á quién me he encontrado?

TODOS. A quién?

MARQUESA. A Anita; á la Condesa.
CRISTINA. Está aquí?
MARQUESA. Sí; viene á trabajar para que la concedan una pensión por viuda de un general.

MARQUES. Pero si tiene más de veinte mil duros de renta.

MARQUESA. Dice que si la conceden los treinta mil reales anuales que pide, se lo vá á dejar á Paco, el Vizconde, para sus gastos de Veloz y teatros.

MARQUÉS. No tiene para empezar.

CRISTINA. Con treinta mil reales?

MARQUES. Y mientras esas pensiones se cobran dejan cesantes por cuestión de economías á pobres infelices empleados con seis mil reales.

PADRE. Siempre defendiendo la democracia.

MARQUÉS. No, la justicia y el sentido común,

MARQUESA. Mira, Cristina, que son ya las cinco.

CRISTINA. Voy entónces á hacer el thé?

JUAN. Enseguida.

CRISTINA. (*Aparte*) Yo me voy á caer, no puedo más.

MARQUÉS. Qué tienes, ¿estás mala?

CRISTINA. No me encuentro bien. No sé que tengo.

PADRE. El thé le sentará perfectamente. Yo mismo voy á servirlo para que sea un thé sagrado.

MARQUES. Vá á saber á incienso.

PADRE. O á gloria.

(*Juan entra una mesa pequeña con todo el servicio del thé.*)

Estós ratos en el seno de la familia me encantan.

CRISTINA. Ya está el thé.

(*El Padre mete la mano en el bolsillo de la sotana y al empuñar la tetera empuña también el frasco del veneno.*)

PADRE. Primero á las señoras. (*Sirviendo*). Señora Marquesa.

MARQUESA. Muchas gracias.

PADRE. (*Dirigiéndose á Cristina*). Cómo la llamaré á usted Marquesita?

MARQUÉS. Llámela usted Cristina, la gusta más.

PADRE. Señor Marqués.
(El Padre lleva las tazas en la mesita y desde allí las vá llenando. Aparece Juan en la puerta del fondo que la abre de repente, apunta al padre con una pistola; dispara y el jesuita cae como herido de un rayo).

MARQUESA. ¡Que es esto! Dios mío! ¡ay!
(Se desmaya. Cristina vá á abrazar á su esposo).

JUAN. *(Mostrando el frasco que ha dejado caer el Padre).* Ese hombre iba á matar al señor Marqués.

MARQUÉS. Como? Es posible?

CRISTINA. Si, yo lo sabia. He pasado un rato horrible.

PEPITA. *(Auxiliando á la Marquesa).* Señora, señora Marquesa.

MARQUÉS. No os apureis, eso no será nada. Ahora es cuando vamos á ser todos felices, porque hemos muerto al bicho que envenenaba este ambiente.

FIN DE LA OBRA.

